

# el feminismo de la siembra nueva



6

>>Claudia Korol / Equipo de Educación Popular Pañuelos en Rebeldía

¿Tiene alguna razón de ser el feminismo en el siglo XXI? Cada tanto reviso mis convicciones, y hoy es uno de esos días...

Porque escribir no puede ser -me digo- un gesto burocrático. Escribir es pensar, y criticar lo que pensamos, mirando con desconfianza cada palabra, desde la práctica social en la que participamos, con nuestro hacer y deshacer *en revolución*.

Hablar (aunque sea con la mediación del papel o de la página de Internet) con compas de generaciones más jóvenes, me resulta un desafío. Porque exige reconocer como punto de partida que nuestra experiencia intensa, que valoramos, que queremos y que defendemos aún con todos sus desaciertos y en sus aciertos, está siendo superada por nuevas maneras de comprender la vida y de cambiarla. También nos obliga a repensar qué parte de la misma vale la pena nombrar en el diálogo, si puede ser traducida a los códigos subversivos de este tiempo, o puede ser útil, al menos, como parte de la colección de retazos que construyen la memoria colectiva.

Me pregunto entonces -con preguntas que incomodan- qué aporta “el feminismo que supimos construir” a las batallas actuales por mejorar “la vida de nuestros pueblos”. Y cuando digo “el feminismo que supimos construir”, es porque ya vamos sabiendo la distancia existente entre los textos y los actos, entre lo que deseamos hacer y lo que somos. También subrayo que el feminismo no es una posición que intenta reducir los límites de su acción a mejorar la vida de las mujeres, sino que intenta que ese cambio beneficie a todos nuestros pueblos, a los niños y niñas, a los y las jóvenes, a las y los ancianos, a los colectivos que se apartan de la normatividad heterosexual, y también a los hombres -que desaprendiendo el machismo pueden ser un poco más humanos, y disfrutar mejor de su paso por el mundo-.

Me pregunto -decía- qué aporta el feminismo a la búsqueda de felicidad. Porque nuestras luchas, las históricas, las actuales, tienen como motivación profunda la libertad, la felicidad individual y colectiva, la creación de una manera de estar en el mundo en la que “la revolución” sea la forma de nombrar el deseo de volvernos protagonis-

tas de nuestra historia, de hacernos parte de un proyecto estratégico que permita no sólo distribuir mejor, sino también producir mejor, consumir mejor, sentir mejor, vivir mejor, e incluso morir mejor.

No me refiero sólo a la posibilidad utópica que animó a tantas generaciones de combatientes de dejar un legado a las generaciones venideras, sino también y sobre todo, a la necesidad de recrear la militancia de las izquierdas, intentando que una parte de esos cambios podamos gozarlos nosotras y nosotros mismos. Aprendiendo que el mundo soñado se puede ir anticipando en nuestras iniciativas actuales, en nuestros vínculos, en nuestras organizaciones, y en su diálogo pedagógico con el mundo.

Me pregunto, en esa búsqueda, si las banderas que levantamos las feministas por décadas, aportan sentidos valaderos, en este tiempo marcado por la pérdida de sentidos, por la violencia y la muerte absurda de la pobre gente, quiero decir, de la gente pobre.

Me pregunto qué relación puede existir entre la lucha antipatriarcal de los años 60, o la de los años 20 del siglo anterior, y la de hoy, que se despliega en los territorios marcados por el SIDA, en los que los mapas tienen un código invisible, que es el de las fronteras que dibujan las poderosas redes del tráfico de mujeres, de armamentos, de drogas...

Me pregunto también qué es –o cómo debiera ser– la lucha antipatriarcal, cuando la violencia contra las mujeres tiene nombres tan emblemáticos como Ciudad Juárez. Cuando de manera silenciosa siguen muriendo miles de mujeres –especialmente jóvenes– como consecuencia de abortos clandestinos en Nuestra América. Cuando lentamente en algunos tribunales comienza a desvendarse la verdad, y se condenan las violaciones y la violencia sexual realizadas en los centros clandestinos de detención de la dictadura, considerándolas definitivamente entre las prácticas sistemáticas de tortura contra las mujeres, y por ello crímenes de lesa humanidad. Cuando a la “Pepa” Gaitán la matan por ser lesbiana. Cuando tantas “casas”, tantos “hogares”, tantas “familias” se convierten para las mujeres en centros de esclavitud y de tortura... en nombre del amor. Cuando se multiplican los embarazos adolescentes, entre niñas que hacen de la maternidad el lugar de su identidad y propiedad. Cuando nuestros cuerpos son recortados, lipoaspirados, torturados, para acercarse al ideal de un patrón de belleza impuesto al mismo tiempo que las marcas de autos. Cuando las cárceles están abarrotadas de mujeres pobres, usadas como “mulitas” del gran negocio del narco. Cuando la “liberación” femenina se traduce en multiplicar la jornada de trabajo hasta los límites de nuestra fuerza, en empleos cada vez más precarios, y ha-

ciéndonos cargo al mismo tiempo de hijos/as, madres, padres, sin apoyo del Estado, ni división de roles en la familia o en los mismos movimientos sociales en los que participamos.

Me pregunto si mantiene su fuerza transgresora el feminismo, y las propuestas de las disidencias sexuales, en momentos en que varias mujeres son presidentas en América Latina, cuando crece en el Parlamento la proporción de mujeres, y cuando esta representación política favorece que una parte significativa de las demandas se orienten a una integración en el sistema (sea por la vía del matrimonio igualitario o de los cupos).

Hace días que me hago éstas y otras preguntas, porque no sé cuál diálogo establecer con vos, que estás leyendo este artículo en la Facultad, donde te enseñan -o al menos lo intentan- a reproducir, administrar, legislar, describir, el mundo de los vencedores, sus valores -cotizables en la bolsa-, sus teorías su imaginario, sus fantasías consumistas, sus ganancias transnacionales, sus carreras de corrupción, sus leyes y sus trampas.

Vos descreés de ese mundo y no aceptás ser adiestrado o adiestrada por sus profetas. Desconfiás de lo diestro, pero también encontrás confusión en lo siniestro.

Es cierto que una parte de la agenda de los colectivos antipatriarcales está en vías de resolución: hoy están en el debate parlamentario algunas leyes para despenalizar el aborto, la ley contra la trata, la ley por la identidad de género. Han sido sancionadas leyes para la protección de las mujeres frente a la violencia, o para cuidar la seguridad social de las mujeres, leyes contra la discriminación en el trabajo, la ley de matrimonio igualitario, y algunas que tienden a asegurar la educación sexual y los derechos sexuales y reproductivos.

Pero las leyes son las leyes... y aunque todavía falten muchas por hacer, son muchas más las trampas que se van tejiendo para que las mismas mujeres, las disidencias sexuales, vayamos adaptándonos e integrándonos en un sistema capitalista, patriarcal, racista. Y no sólo integrándonos, sino creyendo y sintiendo que esto que "logramos" es lo mejor que podemos conseguir en términos de "lo posible". Así se va disciplinando nuestra capacidad de imaginar el horizonte, haciéndolo cada vez más funcional al capital y a los fundamentalismos que ordenan y organizan el pensamiento y las fantasías.

En esa organización y manipulación del deseo colectivo, los grandes medios de comunicación han vuelto cada vez más sólido el discurso de un sistema único de pensamiento, en el que el sujeto hegemónico es el hombre blanco, burgués, heterosexual, occidental y cristiano. Y ese sujeto hegemónico se afirma a sí mismo en la construcción de un

imaginario del poder, que vuelve subalterno al diferente.

El discurso global atraviesa también a los sectores populares y a las concepciones de las izquierdas -aunque en algunas de sus franjas se vayan limando las aristas más brutalmente machistas y homofóbicas-.

Voy llegando entonces al nudo del debate que quisiera proponer: hay un edificio conceptual de las izquierdas que merece ser revisitado desde la vida cotidiana...

Quiero decir que no alcanza con comprender cómo la burguesía acumula capital, sobre la base de la explotación -de la plusvalía extraída a los trabajadores y a las trabajadoras-, o cómo el imperialismo saquea y destruye a los territorios y a las poblaciones en los que despliega sus políticas neocoloniales. No alcanza incluso con acomplejar el análisis para comprender la acumulación del capital por desposesión, y los mecanismos con los que el poder asegura esa acumulación: desde las legislaciones hasta la militarización, vía invasión, bases, golpes de estado o criminalización de la protesta social.

Saber esto es necesario -imprescindible diría-. Pero no es suficiente para entendernos, para identificarnos, para ganar capacidad subversiva en un continente en el que el capitalismo se impuso hace más de quinientos años, sobre la base de sucesivos genocidios, que se completan con la impunidad. En el que la organización social establecida violentamente con la conquista, trajo en sus barcos como condición legitimadora, el “orden” patriarcal y colonial o neocolonial, que subsisten y se rehacen hasta la actualidad, como el capitalismo.

Creo que es necesario caminar unos pasitos más, y tratar de situarnos en nuestros propios cuerpos -y no en el cuerpo del texto importado que nos cuenta nuestra historia negándola-.

Situarnos en nuestros cuerpos, para sentir en la piel, en nuestros huesos, en nuestras vísceras, los dolores que provocan las múltiples opresiones que se superponen en nuestra subjetividad. Para revelar-nos también los deseos negados por siglos de represiones.

Entre las posibles interpretaciones del bosque conceptual de las izquierdas que se oculta tras nuestros árboles frondosos de palabras, tal vez sea bueno redescubrir quiénes son “las masas” que hacen sus luchas...

Pensar por ejemplo que cuando las izquierdas se proponen homogéneamente estimular “la lucha de masas”, o “masificar las demandas”, en ese concepto de “masas” se “amasan” múltiples percepciones, que se explican desde el lugar que ocupamos en la producción -como parte de una clase-, desde el lugar en la división sexual del trabajo -construido en las relaciones de género, fundamentalmente en las tareas que apuntan a la reproducción de la vida-, o desde el lugar

subordinado que ocupan nuestros países en la división internacional del trabajo. Las “masas” también se “amasan” en las pasiones que atraviesan a determinadas generaciones. Pulsiones que invitan a la obra colectiva, o que espantan hacia el individualismo.

“Las masas” no existen como categoría política real, actuante, más que en los momentos de fuerte conmoción social. Y en el día a día, lo que va sucediendo es que las luchas se hacen y rehacen desde demandas o proyectos parciales, que reflejan esos distintos lugares por los que los seres humanos vamos pasando, y en los que vamos creando identidad y reconocimiento.

Los movimientos sociales han venido agrupando a colectivos con identidad común, demandas parecidas y proyectos que apuntan a la mejora de sus modos de vida. Y las fuerzas políticas de las izquierdas, en general, han permitido elaborar una comprensión mayor de cómo se relacionan esas demandas particulares con un proyecto de transformación social. Pero en el camino, se han presentado obstáculos en la construcción política, que tienen que ver, sobre todo, con límites dogmáticos de nuestro pensamiento; con la dificultad para enfrentar simultáneamente el conjunto de opresiones, sin establecer jerarquías en las demandas, en las luchas, en el sistema de contradicciones que analizamos.

El dogmatismo tiene una base filosófica. Es muy poco lo que las izquierdas nos hemos apropiado del núcleo central del marxismo: la dialéctica revolucionaria. Hay un pensamiento metafísico que tiende a desagregar e inmovilizar los fragmentos de la realidad que estamos observando, dejando a cada cual en su isla de verdades y certezas irreductibles.

Desde esa percepción, las contradicciones no se vuelven motor de los cambios posibles, sino trincheras en las cuales cada grupo levanta una muralla y dispara contra otros grupos de ideas, intentando vencerlas, sin necesidad siquiera de comprenderlas.

Así, marxistas y feministas venimos librando muchas veces duelos improductivos... que aturden sobre todo a quienes nos reconocemos simultáneamente en los dos campos del pensamiento libertario. Duelos que también atraviesan los debates con las corrientes que proponen la descolonización de la cultura, o la revalorización de las luchas medioambientales.

Pero volviendo a las preguntas y a las necesidades de “revisitar” el ambiente teórico habitado por las izquierdas, tal vez haya un aporte fundamental, incluso por lo simple y sencillo de su formulación, que hace el feminismo a las propuestas subversivas de este tiempo: “lo personal es político”.

Así de fácil se dice, y así de difícil ha sido traducirlo al lenguaje

de las experiencias reales. Sin embargo, es una propuesta llave para transformar a nuestras organizaciones, a nuestras teorías y a nuestras prácticas, ya que interpela directamente a la vida cotidiana, y abre las puertas para proyectos que actúen simultáneamente en el conjunto de las dimensiones que forjan una política emancipatoria: la dimensión estratégica, la dimensión táctica, y el modo en que ambas atraviesan la vida de las personas.

En momentos en que la exclusión social es una de las palancas más fuertes del capitalismo para organizar sus políticas de acumulación salvaje, se agravan las implicancias de este modo de producción en la destrucción subjetiva de los grupos subalternos, y se refuerzan opresiones como las que provienen de la cultura racista, colonial, patriarcal, xenófoba, homofóbica, lesbofóbica, travestofóbica.

Las fobias a los y las diferentes posibilita la criminalización de quienes no son parte, o de quienes conscientemente se apartan del núcleo hegemónico. Y este grupo social se encierra en sus barrios privados, en sus countries exclusivos, en sus lugares de autosegregación, donde reinan la impunidad y la corrupción. Entre estos mundos hay cada día más distancia, y los encuentros se producen... a través de la TV... de los noticieros... o en términos reales, mediados generalmente por la violencia.

En ese mapa con fronteras blindadas, queda poco territorio de actuación para una izquierda que dibuje como único recorte geográfico el que se crea en la esfera de la producción de bienes materiales. Es imprescindible que nuestro pensamiento crítico abarque también la esfera de la reproducción de la vida material, así como las de la producción y reproducción de la vida simbólica. Y en todas esas esferas, necesitamos conocer mejor qué relaciones de poder se expresan y cómo las mismas refuerzan las políticas de disciplinamiento, la subalternización de determinados grupos y por lo tanto, la afirmación de las opresiones.

La posibilidad de ampliar el análisis teórico de la crítica, nos puede ayudar a una práctica que ensanche nuestra capacidad de transformación, interpelando otros aspectos de la subjetividad, además de la razón, como son los sentimientos, las percepciones, las intuiciones, las creencias, las esperanzas, la memoria, el deseo.

Aquí hay un camino abierto que deberíamos recorrer, al tiempo que inventamos nuevas sendas.

Hay un feminismo que nos invita a bailar, para hacer posible nuestra revolución.

Hay un feminismo que nos invita a explorar nuestra sexualidad, para que sea un lugar de expansión de libertades y no de represiones.

Hay un feminismo que nos invita a practicar una ética del cuidado,

lo que significa combatir no sólo el maltrato machista -muchas veces existente en nuestras relaciones-, sino también el maltrato que nos producimos cuando subestimamos la necesidad del placer, de la alegría, de un cuerpo plenamente respetado, querido y defendido frente a las políticas que lo mercantilizan y destruyen.

Hay un feminismo que nos invita a cambiar al mundo no en un futuro nuestro, sino también en un presente de lucha...

Estos feminismos, no siempre recorren los espacios del feminismo institucionalizado por las leyes del cupo o por las academias... aunque sería deseable que no existiera tanta distancia entre unos y otros espacios, y mucho menos una estéril confrontación o competencia.

Creo, sobre todo, que hay un feminismo para reinventar. Un feminismo que todavía no existe más que en semillas... Es un feminismo popular, fruto de la siembra larga de distintas generaciones de mujeres, de lesbianas, de travestis, de gays, transexuales, intersex, que visibilizaron su presencia en las luchas sociales, su identidad con otras luchas y sus diferencias. Un feminismo que es izquierda, que nace y vive en movimientos populares, en creaciones prácticas de sobrevivencia, un feminismo que no se define por su genitalidad sino por sus acciones e ideas transformadoras de la vida.

Un feminismo que no renuncia a ninguna de las formas de lucha posibles y necesarias para derrotar al poder militar y paramilitar del capitalismo transnacional y del imperialismo guerrillero del siglo XXI.

Un feminismo que enarbola el deseo, que no lo mutila, que no lo discursa, que no lo atrofia.

El feminismo que estamos regando, cultivando, y a veces viendo florecer, se planta en el horizonte sin fronteras de las izquierdas que caminan preguntando, que vuelven sobre las huellas, que saben que jugar es cosa seria.

Es un feminismo desfinanciado, desoenegeizado, desmercantilizado, desinstitucionalizado, descontracturado. Se burla de sí mismo y de nosotras, que lo queremos así de libre, y que nos sorprendemos cuando lo encontramos en algún gesto inesperado.

Es un feminismo que va caminando al ritmo de los pueblos, liberando territorios en nuestra subjetividad alienada por los dioses del mercado, de la propiedad, de la familia, de las creencias conservadoras.

Es un feminismo que se niega a sí mismo, porque sabe que el proyecto que busca encarnar, del que intenta ser parte, es el de todos y todas las desaparecidas y negadas de nuestra historia.